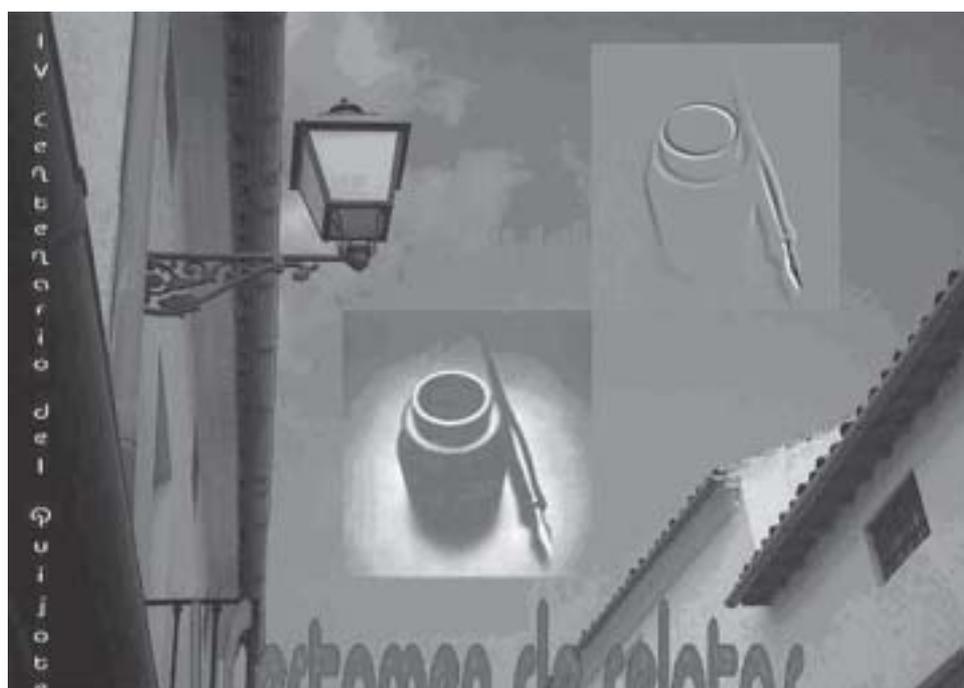


Pluma y tintero



IV Certamen de relatos

Villa de Cabra del Santo Cristo

junio 2005

IV certamen de relatos



Organiza:
Asociación Cultural Casté y Río
Casa de la Cultura, s/n
23000 Cabra del Santo Cristo
Información: www.casteyrio.com

Colabora:



AEL Cabra del Santo Cristo



Ayuntamiento de Cabra del Santo Cristo



PRIMER PREMIO DEL I CERTAMEN DE RELATOS
"VILLA DE CABRA DEL SANTO CRISTO"

...EL...EL AMOR, ESO ES...

Juan Luis Rincón Ares
(El Puerto de Santa María, Cádiz)



*La ventaja de tener mala memoria
es que se goza muchas veces
con las mismas cosas. (Nietzsche)*

¿Recuerdas, Carmen?:

Tenías sólo tres años más que yo, las tetas recién estrenadas y una mata pelirroja de pelo que me hizo debutar en suspiros cuando llegaste, furtiva y exótica, desde Pontevedra al patio de mis nueve años. ¡No ha llovido nada desde entonces! Es curioso. Ellas, ellos, esos que se dicen mi familia y me llaman tío o yayo y que vienen de vez en cuando con unos modales tan buenos que me escaman, a esta casa, a esta habitación – que por cierto no se dónde está, ni por qué ni quién me trajo aquí –, dicen que no los reconozco y se quejan de que no recuerdo nada de ellos o de mis vecinos ni de mis amigos, pero yo de tí sí que me acuerdo y recuerdo, sobre todo, que si cumplía bien tus frecuentes recaditos como entregar cartitas misteriosas a mi hermano y a otros niños de la calle, compraros cigarrillos “suelos” o avisaros a “*daros el agua*”, eso es.... cuando venía tu tía para que los apagarais, siempre me pagabas con dos besos sonoros y públicos. A mi hermano Luis, dos años mayor que tú, también le dabas besos pero de uno en uno y aprovechando la oscuridad del callejón que se extendía allá donde el patio se hacía som-

bras y miedo para mí, a pesar de que él nunca te resolvía nada, sino todo lo contrario. Yo, cuando os perdíais en la oscuridad, sentía como gusarapos en la barriga. Muchas noches, cuando el cuarto donde yo dormía con la mitad de mi tribu familiar se quedaba iluminado solamente por la luz que entraba desde la otra habitación, la alcoba - sala, las sombras de las prendas colgadas en la puerta de la alacena creaban horribles seres, fantasmas encadenados a unas*alcayatas*, eso es ... unas *alcayatas* gigantes que hacían de... de *percha*, eso es ... y me hacían temblar y meter la cabeza bajo la manta afrontando sin más posibilidad el infame olor de los pies de mi hermano que, costumbre de pobres, dormía en el sentido contrario para aprovechar el espacio mínimo que habitábamos. Mi habitación de ahora parece un museo cutre y yo mismo parezco una ilustración de libro. Está toda lleno de cartelitos con letras negras sobre cartulinas amarillas: **BAÑO** (*caca, pipí, lavarse*), **ENCHUFE** (*no tocar*), **VENTANA**, etc. Algunas tienen dibujos para que las entienda mejor pero hay otras que ya no sé que son o para qué sirven y, la verdad, ni quiero ni me acuerdo de preguntar. Por algunas partes de mi cuerpo tengo escrito con letras más pequeñitas con el rotulador de punta fina de Juan: *dedos, brazos, codos, pene*, etc. Son sólo palabras fáciles por si alguna vez me olvido de dónde me duele y me acuerdo de cómo se leen, que eso, leer o escribir, antes sí sabía pero ahora, a veces sí y a veces no. Eso me lo hago yo sólo en el cuarto de baño, por vergüenza, y muchas veces no estoy seguro de que el nombre que puse fuese correcto y en vez de decirle la palabra le señalo al médico el lugar con el dedo y él dice: la *próstata* o la *nuca* o lo que sea. Yo le digo a todo que sí pero yo que sé si se llamará así. Lo que sé es que me molesta o no, que me duele o ya no me duele pero no sé, ni por asomo, cómo se llaman. La enfermera gorda lo sabe porque me ducha casi cada día pero no se lo cuenta a nadie. A Juan se lo conté yo y también calla. Ahora todo huele a limpio, a lejía y a pinos de los que rodean esta casa, que digo yo que mía no será porque la trasiega demasiado personal sin pedirme permiso Pero recuerdo que en mi casa de pequeño, mi entrada nocturna en la cama era en una vigilia fragante y atenta que acababa casi siempre conmigo inconsciente a los pocos minutos, no como ahora que apenas duermo y estoy siempre dándole vueltas a la cabeza hablando “por dentro” con gente que no conozco sobre otra gente que tampoco recuerdo, como si fuéramos amigos de toda la vida o desde una tarima alta con las manos llenas de polvo blanco como de tiza. Pero, cuando tenía nueve años, si la luz de la habitación contigua se apagaba antes de que me hubiese dormido del todo, la situación era aún peor pues entonces mi imaginación daba libertad de movimiento a aquellos seres antes encadenados y el involuntario roce del dedo gordo del pie de mi hermano sobre mi cara entraba en mi sueño como si fuera la uña negra y retorcida de la “Bruja Cañuña” que venía desde los cuentos que Luis me susurraba o me cantaba, según su humor, antes de dormir, - *¡¡¡¡Pipirigaña, mata la araña, con un cuchillito, bien peladito, ¿quién lo peló? La vieja Cañuña que está en el rincón!!!* - a llevarme con ella para siempre. En esas noches, Carmen, yo me sentía bastante asustado y cobarde pero sobre todo rencoroso y traidor, muy traidor, porque cuando me ocultaba bajo las sábanas, le rogaba llorando a la hechicera que se lo llevara a él, por favor, que se lo llevara para que tú no lo mirarás más, ni te perdieras con él, ni... [Por cierto, ¿por qué no viene a verme Luis, por qué no me saca de aquí? Ya se lo ha preguntado varias de las visitas o a las enfermeras pero cada una me dice una cosa diferente y me dicen que se lo pregunte a su *viuda* – se me ha olvidado otra vez lo que significa esa palabra-, esa vieja siempre de negro que huele a...a *naftalina*, eso es ... y que me besa y llora cuando lo nombro, como si fuera su mujer, como si mi hermano Luis

hubiera estado casado alguna vez] Ahora ya no tengo miedo a eso, a otras cosas sí, aunque a veces me da vergüenza reconocerlo: a cagarme encima por no saber cuando tengo ganas o donde tengo que ir, a que se me olvide cómo me llamo, que ya me ha pasado lo menos tres veces y por eso Juan me lo escribe por dentro de los puños de la camisa del pijama y sobre todo, sobre todo, olvidarte a ti, Carmen, a ti y a tu cara y a tus besos. A veces me da por pensar que realmente viene, que la "Bruja Cañuña" me escuchó de pequeño y ahora se los está llevando a todos poco a poco pues ya no encuentro a mi hermano, ni a mi hermana pequeña, esa que creo que tuve se llamaba... ¿Rosa? ¿Clara?, ¡que cabeza la mía, joder! Son esas pastillas rosas que me dan, seguro, las que me dejan como tonto. Total que en aquel entonces a pesar de ser todavía un niño de nueve años, pantalones cortos y voz de pito, había ya dentro de mí un hombrecito rencoroso, muerto de celos que hubiera preferido a la Carmen clandestina, la que daba los besos escondidos y por unidades, una chispa menos agradecida y un poco más enamorada.

Acabó el verano, te marchaste y en mi mente infantil donde mil kilómetros eran un abismo insondable, Galicia estaba en el fin del mundo y tú, – barruntaba yo, fatalista – tú ya nunca más volverías ni a mi patio ni a mi vida. Aunque ahora ya no estoy seguro de que te fueras a Galicia, se lo tendré que preguntar a Luis a ver si él se acuerda. O le diré a la enfermera gorda que me traiga un... un *mapa*, eso es, con todas las ciudades y lo miraremos allí.

Por eso el adolescente huérfano que después fui quiso ser poeta, para que el mundo entero conociera mi nombre y mi obra y para que tú, donde quiera que estuvieses, leyese mis versos y suspirases por mí. Cuando el viento de mi cabeza, que también lo hay, despeja esas brumas de algodón sucio que pueblan mis recuerdos me veo a veces estudiando gruesos tomos y emborronando cuartillas en las que no llego a leer que pone y a Luis llegando tarde de trabajar, sucio de grasa y cansado. A medida que crecí, mis deseos de notoriedad literaria anclaron en círculos más pequeños lastrados por bofetadas de modestia y realidad. Recuerdo que gané algunos premios no sé donde, ni por qué motivos y que me puse muy contento pensando en tu cara al leer la noticia pero hoy los he estado buscando en la estantería y no los he encontrado. Bueno ni encontré los recortes de la prensa, ni los trofeos, ni encontré la estantería, ni siquiera encontré la puerta del cuarto de baño cuando con la excitación y la búsqueda tan prolongada me entraron ganas de mear y, claro, cuando vino la enfermera esa, la gorda, ya me había meado en el florero, bueno, sí, fuera del florero ¿qué pasa? Ella no me regañó, ¡qué raro! Luis me habría reñido como yo te reñí a ti, cuando te reencontré por casualidad, algunos años después en aquel Carnaval, en el Barrio de La Viña, regando los adoquines con los restos de las muchas cervezas bebidas, entre dos coches frente a la puerta del cine Caleta. Tú me reconociste, te reíste, me tocaste la cara y no me dio asco aunque acababas de mear y me cogiste de la mano y me besaste mil veces y, cuando amaneció, me llevaste a Sevilla a dormir contigo y entonces me di cuenta que la única celebridad que necesitaba era la de un verso que cabía en tu corazón, un "Te quiero" impreso con letras de besos que ni el tiempo ni mil viejas cañuñas borrarían. Y me dolió tanto perderte, que me puse enfermo de amor, - tomé pastillas también aquella vez; primero un bote entero por mi cuenta y luego de una en una o dos en dos como me decía la doctora aunque menos que ahora, ¿sabes? - porque temí que sin ti nadie sabría que el niño que rabió rencoroso a tu lado, el adolescente que soñaba ser poeta

consiguió en aquella primavera loca de besos y abrazos, de máscaras y bailes, aunque sólo durará dos meses, sentirse tan feliz como si fuese el amante más ahíto, el rapsoda más celebrado por toda la humanidad. Cuando te fuiste creo que dejé inmediatamente de escribir y, algunos meses o años después, dejé de tomar esto.....*antidepressivos*, eso es pero nunca de quererte.

No sé cuanto tiempo después de tu segunda y más dolorosa huida, yo seguía llamando a tu teléfono desde una cabina, a las 10'30 cada día de diario, aprovechando tu ausencia, sólo para escuchar tu voz y el mensaje en comandita que grabamos en aquel armatoste de contestador primitivo que sacaste de un rastrillo en la Alameda, cuando casi me mudé de facto y por la cara a tu casa, pese a vivir en diferentes provincias. Entonces creo que yo sabía conducir y puede que tuviera coche pero ahora me cuesta trabajo encontrar entre mis habilidades la forma de abrir las puertas. "*Hola, soy Carmen...*" decíamos entre intervalos de carcajadas "*Y yo, Rafa, el ocupa...*", "*... no estoy en casa*", "*.... o sí que estamos, pero andamos ocupados en cosas ...más importantes...*" "*... así que deja tu mensaje ...*". Imaginaba tu viejo teléfono negro heredado sobre la mesita del comedor empapelado de lilas, junto aquella foto que nos hicimos en la playa de Valdelagrana y aquel centro de flores secas que te regalé por nuestro único San Valentín. Y sonreía, triste, pero sonreía.

Pero otro día, más adelante, una voz virtual me sorprendió mutando tu acento gallego por un impersonal y metálico "*Ha llamado al 9-5-4 -5-4-2-4-4-6. Deje su mensaje al oír....*" Colgué asustado. "*La Cañuña*", me dije, preguntándome quien habría logrado enseñarte a cambiar el mensaje, y qué otras cosas estarías "*aprendiendo*" con él. Mientras pensaba esto, desaparecieron de mi recuerdo el teléfono y la mesita con la foto y en el lugar que ocupaban, habitó un vacío negro y doloroso. Yo creo que fue en ese momento cuando empezó de verdad esta puñetería de rarezas que me pasan, que se me olvidan las cosas importantes y me acuerdo de las tonterías. O eso dicen. Lo cierto es que en mi vida en esa época hay un gran agujero negro por el que flotan caras, viajes e incluso otros amores, así con la "a" minúscula de los que apenas si, de vez en cuando, me aflora un nombre o un lugar o una palabra que enseguida se pierde de nuevo hasta que alguien dice algo y me vuelve o... Me han dicho que el médico de la empresa me vio tres veces cuando olvidé la dirección del trabajo y seguía adelante como perdido en el autobús a la ida o a la vuelta pero lo arreglamos, durante un tiempo, con una libreta donde apuntaba las cosas importantes. Yo creo que trabajaba de conserje mantenedor de un hotel, aunque Juan dice que no, que yo era profesor de Literatura en un Instituto, pero yo lo que recuerdo es que a veces dejaba el cubo en el hall o una escoba en un despacho pero, en fin, nada importante. Parece que también olvidé como se viajaba en un, en un*ascensor*, eso es... o como se abría la puerta del servicio desde dentro y, claro, varias veces tuvieron que llamar a los bomberos y al final aquellos señores de tribunal médico me recortaron la paga y me mandaron a descansar a casa para una larga temporada que aún no ha terminado. Pero ni en casa podía apuntarlo todo y lo que me cuentan de que guardé mis pesetillas en un taper dentro del congelador le puede pasar a cualquiera. De todos modos los billetes que yo guardaba allí, cuando los encontramos ya no eran iguales que los que les veo ahora a los médicos y a las visitas Ellos los llaman de "euros". Debemos estar en otro país. O no lo entiendo.

Mientras, mis llamadas secretas y melancólicas se fueron espaciando pero un siguiente 14 de Febrero volví a insistir adicto y tu contestador estaba ferozmente invadido por la

voz y el mensaje escueto de un desconocido. *“Hola, déjanos tu mensaje cuando oigas la señal”*, oía desconcertado mientras llamaba una y otra vez, hasta acabar con las monedas que llevaba. Aquel plural me llenó de celos y de dudas y entre “La Cañuña” y el rencor, de nuevo, destrozaron los pocos muebles tuyos que quedaban en mi memoria. El salón quedó vacío, hacía tiempo que había olvidado las habitaciones, y aunque no había vuelto a verte nunca más, cada día pensaba en ti pero, ahora ya no sabía donde sentarte en mi fantasía, donde hacerte el amor en mi imaginación, de qué color pintar las paredes de mis recuerdos. Y lo peor es que aún recordaba tu número de teléfono, diez años después. Ahora no recuerdo mi talla, ni donde he puesto las gafas aunque la gorda, la enfermera que no riñe, me repite que no, que yo no uso gafas para nada, pero es que no recuerdo ni siquiera el número de teléfono de Luis, si no lo llamaría y le preguntaría, por ejemplo, por Canelo, mi perro, ¿o se llamaba *Negri?*— que lleva muchos días sin aparecer por los pies de mi cama. ¿Le habrá pasado algo?

Pero, para otros, para ti por ejemplo, parece que el tiempo no es un enemigo sino sólo un artesano mentiroso que termina por pulir los recuerdos más ingratos y colocarlos en el escaparate de la memoria brillando con un fulgor inmerecido y, años después, después tropezamos en la calle Sierpes y, no sé por qué, —yo sólo quería mirarte de guapa que te veía o salir corriendo— empezaste a contarme tus recuerdos sobre la tarde en que me sorprendió tu adiós. Viniste a mi pueblo a verme, por sorpresa, al apartamento que yo aún conservaba y al que hacía unos días había colocado el cartel de **“SE VENDE”** seguro como estaba que nunca más viviría solo allí. Tú recordabas un día de primavera y sol, y aún seguías impresionada por la entereza con la que te di el último abrazo y te deseé felicidad para el resto de tus pasos sin mí. Yo callaba a tu lado y sólo recordaba el rencor y me veía llorando en una habitación oscura —quizás “la Cañuña” estaba allí a mi lado maquinando y enredando los cables de mi cabeza— mientras fuera las nubes emborronaban la tarde, mientras el teléfono no sonaba con tu voz al otro lado, mientras en mi cabeza golpeaban tus últimas palabras: *“¡No te quiero, sólo es eso, que ya no te quiero!”*. ¿De veras hubo sol?, pensaba yo, ¿de veras te abracé y te deseé felicidad? ¿de veras sólo era eso, que ya no me querías? Pero no te dije nada. Igual pensé en ese momento que te estaba atacando a ti ese bicho,...el *Alzheimer*, eso es..., ese que ahora me están achuchando ahora a mí los médicos. O ya me había atacado a mí y me hacía recordar cosas que no pasaron y ni tú me quisiste nunca, ni vivimos juntos, ni nos volvimos a encontrar después de los siete años. Dicen que a veces el bicho, por la depresión, por las copas —quizás también por el mal hacer de “La Cañuña”— o cualquiera sabe el porqué la toma con gente más joven porque ni tú ni yo somos tampoco dos dinosaurios.

No supe qué decirte aquella vez, no sé si hace quizás más de diez o veinte años. Ya no sé contar. A veces se me ocurren, se me viene otra vez a la memoria los números del uno al diez o los meses, los días de la semana — juego a eso con la enfermera gorda— pero hoy, 14 de Febrero, esa fecha no se me olvida, te escribo para que sepas que todavía me acuerdo de ti aunque los demás digan que todo se me va borrando y, quizás tengan razón porque a veces cuando me estoy vistiendo, de pronto suena como un chasquido en mi cabeza y me quedo parado, como en blanco, y ya no sé si lo hago para levantarme o para acostarme y aunque mire por la ventana, a veces me cuesta relacionar el día con estar despierto y la noche con lo contrario y a veces se me olvida que significa *“medicina”* o *“cada tres horas”* y

esta carta me la ha tenido que escribir un joven que se llama Juan y que dice que quiere ser escritor de fama como yo, como su tío Rafael. Cada día, Juan llega a la habitación con una cartulina pegada en la frente donde dice **JUAN LUIS, tu sobrino y secretario** y yo entonces me acuerdo de quién es y nos reímos mucho. Me lo escribe él, porque a mi se me han borrado algunas letras y donde se ponían. Esa...la mudita, por ejemplo que...*la hache* eso es...., dice Juan que se llama, aunque yo le digo lo que tiene que poner. Pues la veo, a esa, a la hache y a algunas más y como si fuera chino. Juan, los médicos, la enfermera gorda y las demás y todas las visitas, todos dicen que debo escribir, dibujar, hacer puzzles y sobre todo recordar aunque sea cosas antiguas porque me hace mucho bien. Yo no lo sé. El corazón no se me alivia con algunas cosas que recuerdo. Pero me agarro a ti –y a mi hermano Luis, que no sé donde está– y pensar en ti aleja al bicho y a “La Cañuña” y lo que de verdad me da miedo, Carmen, es que un día me despierte y ya no estés y que cuando Juan o la enfermera gorda me hablen de ti crea yo que están bromeando, jugando a “inventar la vida” como hacemos los viernes por la mañana, creo que es. Entonces ya no recordaría porque quiero seguir viviendo. Lo que no olvido, lo que me mantiene atado a la vida, Carmen, es que después de todo este tiempo, todo en mí sigue siendo rencor por tus huidas, por los besos que me dejaste de dar o por tu memoria distorsionada y esas cosas que me contaste una vez en la calle Sierpes, pero, a pesar de ello, cada beso de amor que he dado me recordó a tus labios. Debía ser la única manera que encontraba mi corazón para darte las gracias.

Todavía vivo porque me acuerdo de que te quiero.

Rafa

PD: Me pregunta Juan que dónde debe enviar la carta. Ya no recordaba que las cartas hay que enviarlas – sobre, dirección, remite, sellos, , cartero, buzón, me explica Juan –a alguna parte pero le he dicho si yo supiera donde debo de enviarla, no necesitaría papel y lápiz sino unas buenas piernas o un coche de esos que se alquilan un taxi, eso es.... para llegarme hasta allí. Tu número de teléfono sí lo recuerdo todavía, o eso creo, pero cuando me escapo a la sala de espera y tengo monedas de las que me dejan en la mesilla no sé para qué, llamo a ese número y una voz metálica que ni se parece a la tuya me dice: “Telefónica le informa que en la actualidad no tenemos ningún abonado con ese número”. Yo intento hablar con ella, con la muchacha de la voz metálica para contarle cómo eras por si te conoce, lo que nos pasó y, de pronto, se me hace un blanco en la mente, y cuando se me vuelve a sintonizar la cabeza se oye por el auricular un pip-pip-pii-pip-pip hasta que se corta la comunicación. De todos modos, he decidido que es mejor tener la carta aquí en el pijama, junto a donde ponecorazón, eso es.... Así podré leerla cada mañana, como hago desde hace no sé cuántos días y entonces me acuerdo de ti y de Luis, y de Juan y de la enfermera gorda y sé que mientras la pueda leer o me la lean o me la sepa de memoria –juf, que trabajo!– mantendré a raya al bicho ese y sobre todo a “La Cañuña”. Y me asomo donde pone VENTANA y les doy mi mayor corte de mangas.

